



Dr. Plinio

Publ. IV - Nº 41 Septiembre de 2021



*Contemplando el orden
jerárquico del universo*

El Santo de la combatividad y de la caridad

Gabriel K.



San Vicente de Paúl
Basilica de San Pedro, Vaticano

S. VINCENTIVS A PAVLO
CONGREGATIONIS MISSIONIS ET
PUELLARVM CHARITATIS FVNDAT

San Vicente de Paúl era, al mismo tiempo, el Santo de la combatividad y de la caridad

De la combatividad en dos terrenos: el doctrinario, en el cual él combatió metódicamente a los jansenistas, de manera política y estratégica, en Roma, en la corte del rey, en la nobleza, en el clero, en el pueblo, con su inmensa influencia personal. Además de esa forma de combatividad intelectual, él también quiso armar una Cruzada contra Túnez, y con esa intención se dirigió al Rey de Francia.

Él era al mismo tiempo, el Santo de la caridad y de la compasión. Encontramos en esta conjunción una manifestación rara de buen espíritu. Según la opinión corriente, quien es muy combativo es poco compasivo, y quien es muy caritativo no es pugnaz.

Ahora, si la combatividad y la compasión son virtudes, no puede haber entre ellas incompatibilidad. Al contrario, todas las virtudes son hermanas. Por eso, quien es santamente compasivo es combativo; y quien es santamente combativo es compasivo.

En esta unión entendemos el buen espíritu envolviendo virtudes aparentemente antípodas. Eso nos explica el alma del gran San Vicente de Paúl, al mismo tiempo tan combativa y compasiva, bien como la de todos los otros Bienaventurados, incluso de los Santos cruzados, inquisidores y los que fundaron o se santificaron en las Órdenes de Caballería.

(Extraído de conferencia de 20/07/1965)



Dr. Plinio en el
año de 1983.

Foto: Archivo Revista

Sumario

Vol. IV - No. 41 Septiembre de 2021

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *Contemplación amorosa de las
jerarquías del universo*

PIEDAD PLINIANA

- 5 *Pidiendo la unión con Nuestra
Señora y sus Ángeles durante la lucha*

DOÑA LUCILIA

- 6 *Transiciones temperamentales de Doña Lucilia*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

- 8 *Instintos, Revolución y Contrarrevolución*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

- 16 *Para cada persona Dios envía el
sufrimiento adecuado*

LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

- 21 *La Revolución y la degradación del hombre*

SANTORAL

- 24 *Santos de Septiembre*

HAGIOGRAFÍA

- 26 *Las realidades terrenas deben
ser parecidas con las del cielo*

APÓSTOL DEL PULCHRUM

- 30 *Perfección del universo: unidad y variedad*

ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Misericordia que llega a los extremos de nuestra debilidad*



Contemplación amorosa de las jerarquías del universo

Según Santo Tomás de Aquino¹, es designio de la Providencia que los seres estén distribuidos jerárquicamente, en una jerarquía dinámica según la cual, habitualmente, los dones divinos vienen del Cielo para los seres superiores y estos los van distribuyendo sucesivamente hasta alcanzar los más bajos. Es, por lo tanto, lo contrario de la visión revolucionaria de la lucha de clases que presenta la jerarquía como una cosa odiosa en que cada grado superior es una especie de chupasangre del inferior.

Vemos así, como la concepción verdaderamente católica de la desigualdad diverge profundamente de la concepción revolucionaria, pues el primer movimiento de nuestras almas en relación a nuestros superiores debe ser de confianza y gratitud, no de hostilidad, como de quien se siente objeto de una rapiña.

Una de las excelencias de la jerarquía está en que las varias escalas intermediarias sean hechas lo más posible con continuidad, de manera que cada grado tenga una semejanza pronunciada con el superior y con el inferior, habiendo una cantidad considerable de matices que conduzcan del menor al mayor.

Así, un orden jerárquico perfecto sería constituido como una escalinata con muchos escalones, cada uno de los cuales, por su vez, construido de modo a representar una escalerita dentro de la escalera mayor, multiplicándose por esta forma los matices. Cuanto más una parte se junta a la otra sin violencia, ruptura o solución de continuidad, tanto más la jerarquía es perfecta.

En esta perspectiva, la jerarquía se nos muestra como un punto especialmente luminoso del orden del universo. Siempre que meditamos sobre cualquier realidad terrena, embebecidos por el orden jerárquico que presenta, con el gusto de ver como sus diversos grados participan unos de los otros y deleitándonos con la vinculación existente entre el mayor y el menor a través de esos varios niveles, recibimos una impresión del orden puesto por Dios en la creación y de su presencia en el universo, particularmente rica y capaz de modelar nuestras almas.

Si quisiéramos tener una vida espiritual que conduzca nuestras almas a Dios, además de otros ejercicios, meditaciones, reflexiones ya consagrados por la piedad católica – tesoros preciosísimos que no podemos abandonar en ningún sentido y por ningún precio –, debemos contemplar amorosamente todas las jerarquías que se presentan ante nuestros ojos observando el universo ordenado por Dios, considerando que cuando hagamos ese ejercicio de la escalera entera, algo en nuestras almas estará preparado para concebir lo absoluto y nos extasiaremos. Es una verdadera preparación moral para estar plenamente abiertos a la consideración de Dios en el Cielo, y de todo lo que más excelentemente lo representa y nos da la impresión de absoluto, eterno e inmutable en la tierra.

Debemos sentir el bienestar y la alegría de ser intermediarios, sin tener envidia de quien sea más que nosotros. Por el contrario, diciendo a Dios por medio de María Santísima:

“Mi Padre y mi Señor, os doy gracias por aquellos que son más que yo, pues me aproximan de Vos; y por los que son menos, porque para esos soy un conducto vuestro, ya que os dignáis llegar hasta ellos por mi intermedio. Amo esa jerarquía y el lugar donde me pusiste donde sirvo de eslabón que une dos extremos para asegurar la perfección de vuestra propia imagen. Es en esa cohesión entre lo muy pequeño y lo muy grande que brilla especialmente vuestra gloria. Aquí estoy para prestarte este servicio ¡Alabado seas!”²

1) Cf. Aula inaugural en la Universidad de París en 1256

2) Cf. Conferencia de 3/10/1975



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.



Asunción de Nuestra Señora - Catedral de Milán, Italia

Pidiendo la unión con Nuestra Señora y sus Ángeles durante la lucha

iOh Madre Santísima, son tan pocos los que perseveran en la lucha por Vos, por la Santa Iglesia, por la Cristiandad! Bien comprendemos que, sin el especialísimo auxilio vuestro, sería imposible que alcanzásemos cualquier victoria para vuestra Causa.

Mandad vuestros Santos Ángeles para que luchen contra vuestros enemigos. Que cada uno de nosotros sea tan receptivo a la acción de los Ángeles y a la vuestra, gloriosísima Reina, que nuestros golpes contra vuestros adversarios tengan la fuerza que tendrían si proviniesen de vuestros Ángeles, o incluso de Vos.

Así, viéndonos humildes, desapegados, infatigables, intrépidos, audaces en la lucha, vuestros enemigos humanos e infernales comprendan que pertenecemos a la raza de la Virgen, a la grey santa que bajo vuestras órdenes exterminará a la Revolución, llevará a la victoria a la Contra-Revolución e implantará vuestro Reino. No por fuerza nuestra, sino porque todo pueden aquellos a quienes dais intrépido vigor.

(Compuesta en 1977)



Transiciones temperamentales de Doña Lucilia

En las armoniosas transiciones temperamentales de Doña Lucilia era visible un fondo de sacralidad, de fe, de desapego completo de sí misma, que invitaba a los otros a entrar en el estado de alma en que ella se encontraba, para ser uno con ella.

Había algo de la relación de alma entre mi madre y yo, que solo percibí con entera claridad cuando comencé a ver a las personas volver sus ojos hacia ella al final de su vida.

En la devoción a Nuestra Señora, proximidad con el Sagrado Corazón de Jesús

Yo casi no hacía comparaciones entre ella y otras madres, y por



Archivo Revista



El Dr. Plinio en su residencia, el 8/2/1993

esa razón tenía una noción implícita y confusa de que las otras madres no eran como ella. Sin embargo, analizando la actitud de alma de ciertas personas con sus respectivas madres, no podía dejar de percibir cómo era diferente. Estando con un hombre muy alto o mucho más bajo delante de mí, no puedo dejar de notar la diferencia de altu-

ra, aunque yo no haga una comparación. Así también, comencé a percibir que las relaciones entre nosotros contenían algo de otro elemento, que no era, de ningún modo, un elemento común, corriente, que yo noto que tiene cierta relación con Nuestra Señora.

Doña Lucilia tenía un grado de equilibrio mental y temperamental que, tanto cuanto puedo ver, no era susceptible de ser aumentado. En él se conjugaban, sin ningún choque, los estados de alma más diversos, sucediéndose con mucha armonía, coherencia, dignidad, lógica, con una especie de lentitud, al mismo tiempo natural y solemne, como en torno de un “flash” secretísimo con respecto a la Iglesia Católica y, sobre todo, a su gran devoción, que era el Sagrado Corazón de Jesús.

Mi madre siempre fue muy devota de Nuestra Señora, pero con el paso del tiempo esa devoción fue aumentando, por lo que yo le explicaba. Yo veía que todo lo que le decía a ese respecto penetraba profundamente en ella, y la aproximaba aún más al Sagrado Corazón de Jesús.

Nuestro Señor era el modelo divino de lo que había en ella de manera creada

En el centro de todo eso, yo tenía la impresión de que el propio Cristo Nuestro Señor era el modelo divino de lo que había en ella de manera creada. De tal modo que, leyendo en el Evangelio la sucesión de estados temperamentales de Él – ora grandioso, ora que increpa, ora plácido, sereno, ora curvándose para tratar a un niño, participando de una fiesta, embrenándose solo en el desierto para tener la batalla trágica con satanás –, en todo eso, lo que más me impresionaba siempre no era apenas la santidad perfecta de cada uno de esos estados de alma, sino también la armonía con la que Él pasaba de



Jesús tentado por el demonio – Antigua Catedral de Salamanca, España

un estado a otro, sin crujir, sin extrañeza, sin nada. Era una armonía, una transición perfecta que solo tiene comparación con la armonía con la cual, en un día muy bonito, se pasa de la aurora al mediodía, después al crepúsculo y de este a la noche. Son transiciones perfectísimas en que no hay hiatos.

Así también eran las transiciones temperamentales de ella. Con un fondo nunca dicho, pero siempre visible y transparente de sacralidad, de Fe, de desapego entero de

sí misma, que convidaba a los otros a entrar en ese estado de alma para ser uno con ella. Eso sembraba mi madre en torno de sí, de tal manera que hasta hoy esa atmósfera impregna su apartamento; quien entra allá encuentra eso. Sospecho que algo de eso también hay junto a su sepulcro, en el Cementerio de la Consolación. ♦

(Extraído de una conferencia del 15/2/1979).

Instintos, Revolución y Contrarrevolución

Sólo se tiene la perfección del equilibrio mental cuando los instintos son regidos por la Moral Católica y la inteligencia recibe como norma la Doctrina de la Iglesia. Se hace, entonces, el abrazo ordenado entre el instinto y la inteligencia. La Revolución va haciendo conque los hombres se tornen cada vez más juguetes de los instintos, llevándolos hasta el delirio y luego insuflando en ellos la acomodación.



Dr. Plinio en 1983

A mi juicio, el proceso intelectual más fecundo de elaborar un tema no es ir al libro directamente, sino tratar de explicitar y poner por escrito todo lo que se tenga en la cabeza respecto del asunto. Después de eso es que se está con criterios selectivos adecuados para leer analíticamente sin dejarse devorar por el libro. Cualquier lectura que no sea hecha así es el deglutir del lector. No que él va a convencerse de las opiniones del autor, pero acabará por engullir los presupuestos de la obra. Comenzar analíticamente la lectura de un libro es el modo de pararlo entero en la aduana del alma; no hacer así me parece que es capitular frente al libro, de algún modo.

En la lectura de Santo Tomás, una complementación necesaria

Yo sólo no sigo esa regla con relación a la Iglesia. Todo aquello que veo proveniente de fuente seria, idónea, de pensamiento católico no espero haberlo pensado antes para después leer. Porque hay en mí, que soy bautizado, por efecto de la gracia – y creo que en todo católico cuando piensa con sentido católico respecto de las cosas –, algo por donde mi alma ya propende hacia el fondo de la Doctrina Católica en determinada materia. La Doctrina Católica, por tanto, enseña en parte explicitando lo que, por la propia gracia, la persona ya poseía la tendencia de saber.

De manera que entre la enseñanza católica y el alma del bautizado, hay una relación que no es la misma existente entre el libro seco y el católico. Por esta razón, en las cosas de la Iglesia, sin siquiera yo me dar cuenta – por ejemplo, en la lectura de encíclicas papales, etc. – me fui embarcando así: “Es verdad, no tiene análisis previo...” ¡Esto me da un bienestar de alma fenomenal! Porque me siento encontrado, realizado a lo largo de la lectura de aquello.

Sin embargo, en lo que se refiere a Santo Tomás -que es Doctrina Católica pura, y todos conocen mi devoción a él – es preciso tomar en consideración que el modo en el que el Doctor Angélico presenta los temas es, no totalmente pero casi totalmente, desligado de la realidad

concreta. De manera que tenemos muchas veces dificultades en darnos cuenta de cuál es la realidad concreta a la cual él se está reportando.

Entonces, desde este punto de vista, estudiar a Santo Tomás es de gran ayuda en la medida en que se haga un trabajo de “*conversio ad phantasmata*”, de volver a la situación concreta después o antes de haberlo leído, y

entender bien de qué cosas concretas él está tratando.

Así, en la lectura de Santo Tomás no es necesario un cuidado previo, sino una complementación que, conforme a cada espíritu, será anterior, o más o menos concomitante, o posterior, pero que parece necesaria bajo pena de dar por resultado a muchos tomistas subiendo por los aires eternamente, que no se entusiasman ni entusiasman a nadie.

¿Cómo construir el sistema dentro del cual se desea exponer un tema? En general por el sentido católico se da lo siguiente: cuando un tema pasa frente a nosotros, él causa en nuestro espíritu la sensación que la caza produce en un buen cazador. El piensa: “¡Ah, es mi perdiz!” ¡Allá va el tiro! Y si pasare delante suyo otra ave que no acostumbra cazar, el cazador se mantiene inerte.

Así también con nosotros, habitualmente pasa determinada cosa que, o es una verdad que deseamos mucho demostrar, o un error que queremos bastante refutar. Pero este “queremos mucho”, en general, es en función de la elaboración genérica de nuestros espíritus frente a la Revolución, o por una necesidad de alma, o bien por exigencia de

la Causa Católica. Nace entonces en nosotros la idea: “¡Esto es preciso tomar!” De ahí surge naturalmente el método, en función de la meta y de la naturaleza de la “flecha” que tengo que jugar. ¿Qué es la “flecha”? Son los recursos de producción intelectual que poseamos, o sea, lo que está en mi cabeza, mi aptitud para aquello, los medios de información y la lectu-



Flavio Laureño



EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DEL DR. PLINIO

ra que tenga para completar los datos sobre aquel tema.

Presentados estos presupuestos, paso a tratar de la temática sobre los instintos en el ser humano.

Perfección del equilibrio mental del hombre

No afirmo que los instintos mandan de tal manera que la razón no tiene influencia y que el hombre no es sino un juguete de sus instintos. Pienso lo contrario. Desgraciadamente, la Revolución va tornando al ser humano cada vez más un juguete de los instintos; sin embargo, en realidad, él no es un mero juguete de ellos. El equilibrio mental del hombre proviene de un feliz consorcio entre los instintos, en su estado de equilibrio, y la inteligencia. Por lo tanto, de lo racional con lo razonable. Ahí entra la perfección del equilibrio mental.

La persona sólo tiene esta perfección cuando los instintos son regidos por la Moral Católica y cuando la inteligencia recibe como norma la Doctrina Católica. Porque entonces se hace ese abrazo ordenado entre el instinto y la inteligencia, y el hombre llega, en fin, a la perfección, al equilibrio de sí mismo.



Baile en una "caseta de la feria", Museo de Bellas Artes, Sevilla, España

Aunque la prevalencia deba ser de la Fe sobre la razón – una prevalencia normativa, amiga, no despótica y persecutoria, con una sumisión amorosa de la razón con relación a la Fe –, no obstante, continúa siendo verdad que incluso los movimientos realizados por la inteligencia y por la voluntad para conocer la verdad y querer el bien no son hechos sin los instintos, pero sí con su auxilio, con su colaboración para captar la realidad, dentro de

una alegre convivencia, una coexistencia más que pacífica, colaboradora de los instintos con la inteligencia.

Por ejemplo, cuando leo a Santo Tomás y tengo noción de la lucidez de su pensamiento, esto produce en mi inteligencia el efecto de sujetarse: Santo Tomás tiene razón. Pero produce también otro resultado: yo me encanto con esta diáfana transparencia de su pensamiento y de su demostración. Y en esto encuentro una alegría de mi instinto que me lleva a querer la verdad.. Este deleite, esta degustación de la verdad en cuanto tal tiene alguna cosa de instintivo. De manera que el instinto es, en el sentido bueno de la expresión, compañero de ruta de la razón. No hay un determinado momento del proceso mental en que la razón dice al instinto: "¡Cállate, esclavo miserable! Ahora voy a matarte y andar sin ti"

Una maravillosa armonía de las inteligencias, de las voluntades y de los instintos

Ayer, al oír tocar el órgano, poco antes de la Misa, y viendo el teclado siendo tocado por los dedos del organista, me vino al espíritu la si-

Flávio Lourenço



Cazadores, Museo de Bellas Artes, Badajoz, España

guiente reflexión respecto de los instintos.

La ‘instintividad’ humana es tal que ella posee una multitud de movimientos. Y así como la conservación del órgano supone que de vez en cuando cada tecla sea tocada – imagino que si algunas teclas no fuesen tocadas nunca y otras lo fuesen mucho, ese órgano quedaría medio tambaleante –, así también todos los instintos tienen, ora con más frecuencia, ora con menos, necesidad de ser satisfechos, o sea, de ser puestos en movimiento para aceptar o rechazar algo. Por causa de esto, la vida es un continuo tocar de teclado de la Providencia a través de los Ángeles y de los acontecimientos. Más aún: a través de los demonios, que Dios también permite que toquen el teclado de modo errado, de manera que de vez en cuando vibren en nuestras almas teclas que, conforme al género de tentación, emiten notas alocadas en me-

dio de la más delicada armonía, o un ruido que falsea todo el sonido.

Pero todo en nosotros tiene que tocar. Cada uno de nosotros es un “órgano”, es decir, un juego de instintos que de modo irrepetible – esto es, nunca hubo ni habrá en nadie de aquella manera –, tiene una especie de equilibrio, de armonía que el individuo precisa realizar durante la vida, y que él efectuará por medio de su santificación, dándole un cierto tipo de perfección como nunca nadie tuvo o tendrá.

Entonces, no se trata sólo de elaborar, *in genere*, el concepto teórico de equilibrio – lo que es muy válido y bueno –, sino en concreto el equilibrio que cada hombre individualmente considerado realiza, el cual es una obra prima de Dios dentro de la grande armonía de los incontables teclados que son los hombres creados a lo largo de la Historia. De manera que, al fin del mundo, cuando todos los justos estuvie-

ren salvos, se tocará una armonía no sólo de las inteligencias y de las voluntades, viendo y queriendo de modo complementario y maravilloso, mas también de los instintos, haciendo una armonía de cuya belleza nosotros ni siquiera tenemos idea.

Por otro lado, del hecho del hombre ser sociable, sus instintos no son aislados – hay una interacción de unos sobre los otros que, cuando todos los individuos son virtuosos, o los virtuosos saben rechazar las ‘instintividades’ malas que otros les soplan – proviene una armonía de instintos que forma propiamente el deleite de la sociabilidad y constituye otro modo de interferir en el juego de los instintos dentro del plano de la Providencia; de tal manera que los instintos de las otras personas con quienes estoy en contacto, los cuales percibo más o menos confusamente, repercuten en mí. Y si yo reaccionara adecuadamente frente a ellos, como el órgano, estaré eje-



Tales T.



cutando “a los oídos” de Dios la sinfonía que Él quiere oír, el *canticum novum*¹ que debo cantar para Él, y que nadie entonó en ningún siglo, pues es mi canto, el cual estaré cantando hasta inclusive sin percibirlo.

Instinto genérico del brasileño: afecto y bondad

Aquí cabría una consideración a respecto de los pueblos y naciones.

Los hombres individualmente tienen instintos, pero no se puede decir que un pueblo posea instintos, ni que forme una familia de instintos o que haya familias de instintos dentro de los pueblos, con una interacción parecida con las de los individuos de una familia. Sin embargo, dentro del Brasil, por ejemplo, el modo de hacer política de un gaucho, de un paulista, de un mineiro, de un carioca o de un bahiano, en el fondo, son medio complementarios.

Es curioso que todos esos instintos dan origen, en cada nación, provincia, Estado, municipio, como en cada familia, a una especie de axiología propia dependiente del instinto. El brasileño tiene el instinto genérico de que, al final el afecto y la

bondad acaban llevando la mejor parte, con ventaja para todo el mundo. De manera que si hubiese una pelea o guerra entre dos naciones o individuos, fue por un desastre o una inhabilidad. Pero el verdadero equilibrio se encontrará en una solución por la cual aquello se recompone. Y por lo tanto, no vale la pena estar gastando demasiado la atención en tratados. En caso de que no se llegue a una composición afectiva, nada es nada en la tierra de nadie. Si bien ese afecto recíproco pueda ser muy decepcionante, de cualquier manera es necesario apelar para él como la carta suprema, fuera de la que la vida no vale la pena ser vivida.

Esta sería la idea primera a respecto de los instintos. Solamente después de estar bien puesta se puede, entonces tratar a respecto de los instintos en relación a la Revolución y la Contra-Revolución.

Equilibrio sacral existente en la Edad Media

Consideremos la Edad Media. La atmósfera de las catedrales, de los castillos, de las aldeas medievales

creaba una especie de equilibrio instintivo ocasionado, en larga medida, por lo sacral. Porque fuera de una perspectiva sacral no piensen en equilibrio de los instintos, porque sería como penar en volar sin alas, andar sin piernas, ver sin ojos; simplemente, no se consigue.

En la Edad Media ese equilibrio había llegado a moldear la sociedad temporal del modo más alto posible, después de haber ejercido en la misma Iglesia el influjo más saludable posible, nacido de la propia sociedad espiritual: es como una fuente que surge de la tierra y comienza a regar benéfica-mente el suelo de donde nació.

Hay una especie de equilibrio medieval, un punto de reposo de los instintos cuando está presente lo sacral, por donde ellos pierden su condición de impulsos perpetuamente hambrientos o sedientos, que marca todas las otras situaciones de instintos fuera de esa alta cúpula medieval. Nadie conoce un conjunto de pueblos tan altamente equilibrados en sus instintos como la Europa de aquel tiempo. No porque no hubiese también desequilibrios, pero el punto-clave era equilibrado.



Castillo de Coca, España

Explosión de los instintos y acomodación

Insisto entonces en esta idea: los instintos se mueven en nosotros, pero generalmente prestamos atención en ellos cuando están aullando de sed o de hambre. Pero fuera de eso no los percibimos. Habitualmente todos nuestros instintos son así: algunos están inertes y otros queriendo crear problema. Y toda la capacidad vital se concentra desordenadamente sobre algunos instintos que, una vez ausente lo sacral, se hacen insaciables. A partir de eso, si colocamos en un alma el tonel de las Danaides¹, donde cuanto más

agua se pone, más se vacía el tonel, entonces no hay solución para nada.

Para lanzar al pueblo en el mare magnum de una revolución es necesario, antes hacerlo rechazar el equilibrio instintivo de lo sagrado para que se ponga a hacer el papel de loco: pitar, silbar, aullar... De donde se llega a la conclusión profunda, más o menos inadvertida, de que no puede haber orden. Sucede, entonces, un caos de las tendencias, de los proyectos, de las doctrinas, todo al servicio de ciertas metas que el individuo reputa que van a proporcionarle una determinada felicidad en esta Tierra. Pero todos tienen, al mismo tiempo, una cierta noción confusa de que esa situación es insoluble.

Hay mucha gente que nunca pensó en esos asuntos, y sin embargo, tienen más o menos eso en el fondo de la cabeza y viven así, siempre con la idea de que en el próximo golpe satisfacen el instinto. Y cada vez que beben un trago más, quedan con más sed. No pueden parar de beber,

porque si no bebiesen es un tormento; beben y el tormento aumenta.

Entonces, el sujeto compra un automóvil y piensa: "Al final tengo un automóvil..." Enseguida necesita un automóvil mejor y, poco después, si no tuviese el automóvil ápice, aquel que posee no vale nada. Pero cuando obtuviese el automóvil ápice, reflexiona: "¿Qué es este automóvil? ¡Imagine vivir solo con un automóvil, qué cosa ridícula! Necesito tener otro más..." ¡Y allá va! No hay límites. Son los instintos desatados.

Sucede que después de la primera explosión revolucionaria de los instintos, hay una cierta acomodación. Porque forma parte del proceder de los instintos no gastar demasiada vitalidad. Aquello que la persona quería demasiado, cuando siente haber sacado demasiado de sí para obtenerlo, ya no tiene más deseo de dar. Entonces, hay períodos de revolución y períodos de acomodación.

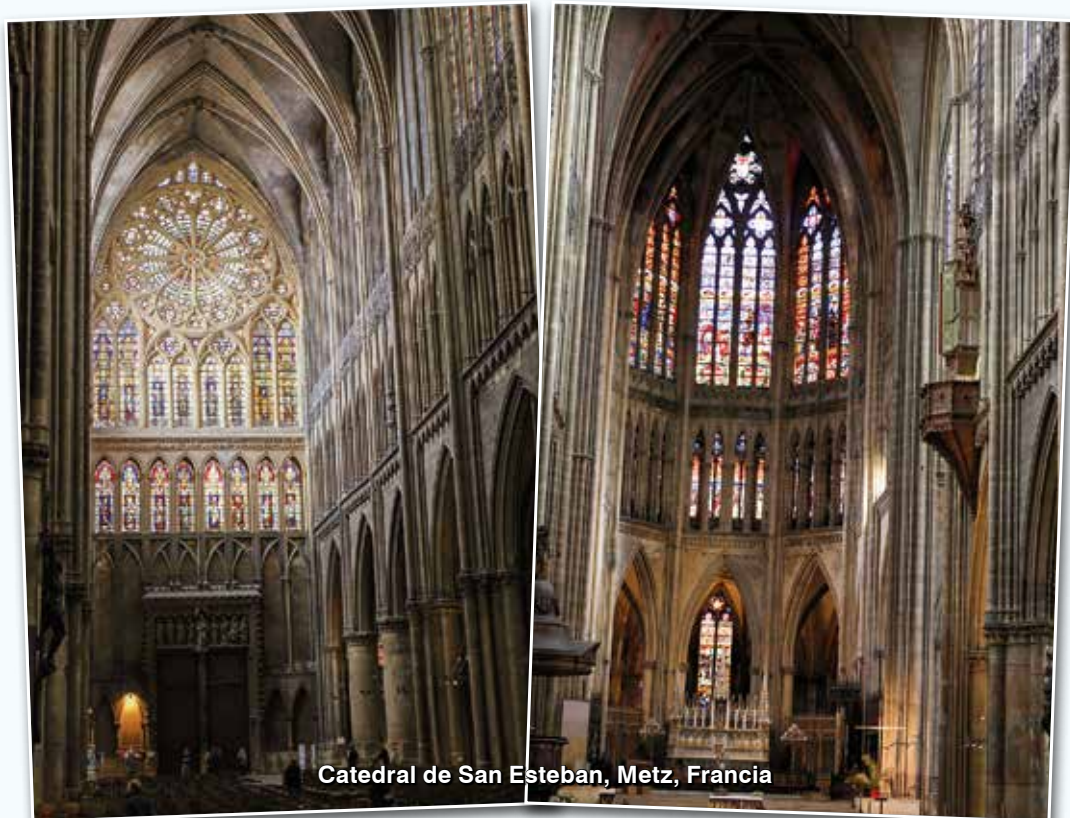
Las revoluciones en la Historia se hacen en general, de eras en las cua-

les está sobrando el instinto vital para el combate, y eras en que aquello cesa y la persona quiere entregarse de cualquier manera, tener una vida sosegada. Es un instinto que cede el lugar a otro.

Desprovista de lo sacral, la ambición por cosas bellas y nobles se transforma en instrumento de la Revolución

¿Y cómo hace la Revolución para desencadenar una revolución? En la Edad Media, ¿qué hizo? Comenzó por tomar instintos nobles y, por falta de sacralidad, llevó a las personas a ambicionar desordenadamente aquellas cosas nobles y bellas, a querer unas y rechazar otras; y las deseadas, lo eran en una perspectiva forzada, equivocada.

Doy un ejemplo. El coraje es una noble posición de alma que corresponde a la idea de que el hombre se encuentra en estado de prueba – ya lo estaba incluso antes del pecado original –, y que necesita, por tanto, combatir.



Catedral de San Esteban, Metz, Francia

Flávio Lourenço

Flávio Lourenço



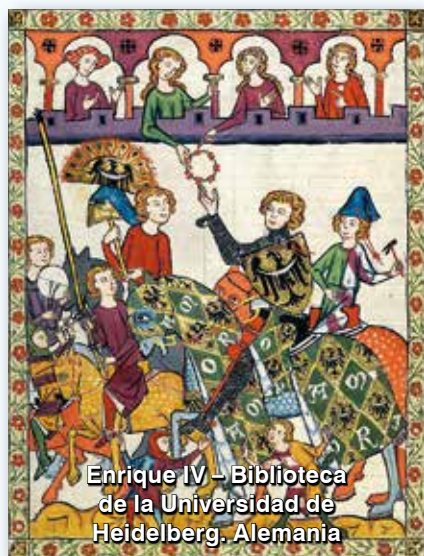
GCI (CC3.0)



Batalla de Grunwald – Museo Nacional de Varsovia. Polonia

Para eso, él tiene el instinto que le lleva a la lucha. Más aún, la culpa original hizo su pugna más urgente, más necesario. Pero él tiene proporción con eso y hay una belleza que tal vez no existiese ni siquiera en el Paraíso terrestre, que es la lucha del hombre sobre los efectos del pecado original.

Entonces, una cierta idea de la belleza que hay en la aventura, en el riesgo, en el enfrentar lo desconocido, sin lo cual el alma no tiene equilibrio. A eso se alía la noción de cómo es razonable e intrínsecamente bello exponer noblemente la vida por un ideal superior.



Enrique IV – Biblioteca de la Universidad de Heidelberg. Alemania

Master of the Codex Manesse (CC3.0)

No obstante, como el hombre que practica ese heroísmo se hace digno de aplauso, comienza entonces un elogio desbandado del héroe y de sus cualidades, pero abstrayendo de la perspectiva sacral. El héroe, por ser héroe, es un coloso. Y el heroísmo es tan bello cuando practicado del lado de Mahoma cuanto de Nuestro Señor Jesucristo; o hecho simplemente para ganar gloria y brillar a los ojos de los hombres.

Tenemos, entonces, la Caballería que pasa de religiosa a puramente metafísica y natural, y de idealista a presumida. Ella disminuyó el horizonte. Continua siendo heroica, pero un heroísmo que, por haber perdido el carácter religioso, se degenera en las más diversas formas, inclusive en cosas como el duelo.

El respeto del caballero andante por la viuda, por el huérfano, por todos aquellos que son presa de los fuertes, se hace sentir mucho y, en cuanto tal, es una cosa sublime, no hay duda ninguna. Pero, si fuésemos a analizar bien, eso fue llevado al respeto, al culto de la dama, porque ella, como más débil, merece reverencia. Acabó resultando de ahí una especie de sublimación de la debili-

dad femenina y, en función de lo que la mujer tiene de más delicado que el hombre, la afirmación de la superioridad de ella sobre él, siendo transformada en un ideal del hombre.

Vienen, entonces, aquellas descripciones – la fisonomía es así, con ojos de tal color, nariz y piel de tal manera, manos y pies pequeños, etc. – que hacen pensar en la dama como una criatura ideal, produciendo una afectividad por una persona cuya alma se deduce del rostro y de la línea general del cuerpo. Esa afectividad ya es medio divinizada, des-sacralizada y pagana, y lleva al individuo a la adoración de una determinada mujer. Pero, después, a la adoración de varias mujeres de un tipo femenino ideal que no se encuentra en ninguna de ellas. De ahí surge el romanticismo con todos sus desvíos, su sensualidad y todo lo demás. El respeto religioso a la dama sería, a la mujer fuerte de la Escritura, desaparece para dar origen al culto a la mujer *bibelot*, al mismo tiempo, a la mujer-sueño, a la mujer pseudo-mística: a la Isolda de Tristán o a la Julieta de Romeo, y de ahí por delante... Una avalancha de sentimentalismo y de sensualidad se derramó por el mundo.

La Revolución acciona los instintos para toda forma de exceso

Con la tendencia para desequilibrar la afectividad y el coraje, también surgió la propensión al desequilibrio de otro instinto legítimo, que lleva al gusto de la prudencia. El burgués que desea llevar una vida de trabajo pero segada y, por causa de eso, quiere acumular dinero, tener una garantía contra el infortunio, contra el ladrón, poniendo cinco trancas en la puerta de su casa y verja en todas las ventanas. Él tiene un instinto razonable que se complace en la seguridad. Pero, cuando está destemplado, ese instinto delira: el hombre quiere hacerse riquísimo: comienzan a aparecer en todas las naciones los “Cresos”² excesivamente ricos que accionan las palancas monetarias de los acontecimientos. Así, todo tiende a extremos desordenados.

La Revolución ve que todos los instintos son manejables para todo, excepto para el equilibrio, y que ella puede fácilmente accionarlos hacia cualquier forma de exceso. Entonces, ella estudia un poco, y percibe cuales instintos prevalecen libremente en el momento y cuales pasaron a un segun-

do plano. Basándose en eso, presenta una meta cultural, ideológica, afectiva, consuetudinaria que induce para llevar al delirio aquello para lo que hay una tendencia. Se trata, entonces, de conducir a los individuos, haciéndolos galopar con énfasis y en la euforia de una supuesta juventud – pues todos los desreglados se pretenden eternamente jóvenes – hasta ese punto de exageración y delirio. Cuando el instinto deliró, pasa por un “Miércoles de Ceniza”: Es el payaso que durante los tres días de Carnaval bebió y comió demasiado, y desanimado se tira en el suelo de su cuarto, aún disfrazado de payaso, y mastica su borrachera, harto de todo. Después, cuando se despierta, se lava más o menos y va a la oficina en la que es dactilógrafo. Soñó con exageraciones, delirios de fantasía durante tres días; cuando llegó a la saturación y a la explosión del instinto, entonces tiende a lo opuesto.

La Revolución ya lo sabe y viene con su propuesta: “Vea, tal cosa así es buena...” De hecho, está necesitando dentro de sí algo de lo que rechazó, bajo pena de no readquirir el equilibrio, y el instinto de conservación no se lo permite. Entonces, vuelve atrás en alguna medida, del

camino recorrido. En cierto momento, lo poco que volvió atrás lo sacia, y da un salto bien más adelante, buscando refugio en otra exageración aún mayor. Así, en ese movimiento pendular, la Revolución lo va echando empujando hasta delirios que son una explosión. O, entonces, apostata de aquel camino y entra en otro instinto que comienza a aparecer en él.

En Occidente, por razones históricas, aún estamos en el juego de los instintos correspondientes a un horror de lo sacral, del equilibrio, de lo sensato, de aquello que se mantiene seriamente, con el deseo de algo que nos liberte de eso, cueste lo que cueste, aceptando cualquier forma de delirio. Los varios retrocesos de la Revolución y los posteriores avances hacia excesos aún mayores, se explican así. ♦

(Extraído de conferencia del 9/3/1986)

- 1) Leyenda de la mitología griega, según la cual las Danaides habían sido condenadas a llenar perpetuamente de agua un tonel agujereado.
- 2) Cresos, último Rey de Lidia, de la dinastía Mermnada. Famoso por su riqueza, reinó de 560 a 546 a.C.



Creso mostrando sus tesoros a Solón - Museo Calvet, Avignon, Francia



Gabriel K.

Para cada persona Dios envía el sufrimiento adecuado

El espíritu pagano lleva a la gente a considerar el dolor como mala suerte. Sin embargo, cada sufrimiento por el que pasamos puede compararse a un golpe de cincel dado por Dios que, como un escultor muy hábil, nos moldea para nuestro bien, según su infinita sabiduría.

Sois miembros de Jesucristo. ¡Qué honra! ¡Pero cuánta necesidad de sufrir por causa de esto! ¿La cabeza está coronada de espinas y los miembros estarían coronados de rosas? ¿La cabeza está escarnecida y cubierta de lama en el camino del Calvario, y los miembros estarían en el trono, cubiertos de perfume? ¿La cabeza no tiene una almohada para reposar y los miem-

bros estarían suavemente acostados entre plumas y armiño? Sería monstruosidad inaudita.

*El hombre que no se mortifica
tiene odio del crucificado*

Podríamos aplicar este trecho de la Circular a los Amigos de la Cruz! – escrito por San Luis María Grig-

nion de Montfort – a la situación presente de la Iglesia, Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo del cual somos miembros, y que, estando ella coronada de espinas, ¿podríamos estar coronados de rosas? En nuestros días, la Iglesia Católica es burlada y cubierta de barro, en el camino del Calvario; ¿pueden sus miembros ocupar un trono cubierto de perfume?

No, no os enga  is; estos cristianos que veis por todos lados, ataviados a la moda, maravillosamente delicados, sumamente educados y circunspectos, no son verdaderos discípulos ni verdaderos miembros de Jesucristo crucificado; haríamos injuria a esa cabeza coronada de espinas y a la verdad del Evangelio si creyéramos lo contrario.

Al referirse a cristianos excesivamente educados y circunspectos, San Luis Grignion pone el dedo en la herida de uno de los aspectos del Antiguo Régimen. La escuela de educación y circunspección de esa época es una verdadera maravilla, pero obviamente fue demasiado lejos. Porque reducir toda interacción social a una sonrisa perpetua y un halago mutuo continuo es algo contrario a la verdad, la seriedad y la compostu-



Comité revolucionario durante la Revolución Francesa
Biblioteca Nacional de Francia, París

Alexandre-Evariste Fragonard / Claude-Nicolas Malapeau (CC3.0)

ra que debe tener la vida, y preparaba el rugido de la Revolución Francesa, precisamente por ese exceso.

  Oh Dios mío, cuántos fantasmas de cristianos se consideran miembros del Salvador y son sus perseguidores más traicioneros, porque, mientras hacen la señal de la cruz con las manos, son, de corazón, sus enemigos!

  C  mo podríamos decir eso hoy!   Cu  ntos individuos son enemigos de la Cruz! Cuando alguien se encuentra en estas condiciones, no solo es enemigo de la Cruz porque no se deja crucificar, sino que hay una cosa sutil: el hombre que no se mortifica tiene odio del crucificado y de la mortificación. Al ver a otro que se crucifica a sí mismo, se indigna, y cuando le hablan de la cruz, se enoja muchísimo.

Dios hace con las   lmas como un cantero con sus piedras

Si sois guiado por el mismo espíritu, si viv  is la misma vida que Jesucristo, vuestro Jefe cubierto de espinas, no esper  is sino espinas, látigos, clavos – en una palabra, cruz – porque el discípulo debe ser tratado como el Maes-

tro y el miembro como la cabeza. Y si el Jefe os presenta, como a Santa Catalina de Siena, una corona de espinas y otra de rosas, elegid la de espinas, sin dudarla, y ponedla en vuestra cabeza para asemejaros a Jesucristo.

No ignor  is que sois los templos vivos del Espíritu Santo y que debéis, como otras tantas piedras vivas, ser colocados por el Dios del Amor en el edificio de la Jerusalén celestial.

Aquí en la Tierra, la Jerusalén celestial tiene su prefigura en la Iglesia Católica que, considerada en su conjunto, puede verse como un Templo del que cada uno de nosotros es una piedra viva.

Preparaos, pues, para ser labrados, cortados y cincelados con el martillo de la Cruz; de lo contrario, quedar  ais como piedras toscas que no se usan, que se desprecian y se lanzan fuera.

Su idea es muy hermosa: Dios trabaja con las almas como un cantero con sus piedras: las que quiere aprovechar las talla, corta, martilla, hiede de mil maneras para adecuarlas a los propósitos que tiene en la mira. Mientras la piedra que el albañil rechaza, él no la toca.

Así también los hombres que sufren son los que serán aprovecha-

GO99 (CC3.0)



San Luis María Grignion de Montfort – Iglesia de San Pedro, Domagn  , Francia



dos por la Iglesia. Por lo tanto, cuando vemos a un hombre sufrir mucho, debemos decir: “Ésta es una piedra que aprovechará el constructor”. Y el instrumento para tallar las piedras, la forma en que se hace el martirio del hombre, es la Cruz. Son los sucesivos sufrimientos los que deben recaer sobre la persona.

Tened cuidado de no resistir el martillo que os golpea; ¡Pres-ta atención al cincel que os talla y a la mano que os moldea! Quizás el hábil y amoroso arquitecto quiera convertirlos en una de las piedras fundamentales de su edificio eterno y en uno de los retratos más bellos de su reino celestial.

Precisamente las piedras más talladas son las más importantes en arquitectura. También las almas más sufridas son las más utilizadas para la edificación de Dios.

Debemos aceptar, con amor, el dolor inexplicable

Dejadlo hacerlo entonces. Os ama, sabe lo que hace, tiene experiencia; todos sus golpes son hábiles y cariñosos, ninguno es falso a menos que lo inútiléis con vuestra impaciencia.

Este es un punto que debería consolarlos especialmente en tiem-



pos de sufrimiento. Muchas personas con un espíritu pagano frente al dolor tienen una mentalidad por la cual consideran el sufrimiento como una mala suerte que les ha tocado. Algo que podría no haber ocurrido, pero lo hizo, y que no debería hacerles ningún bien. Es puro horror lo que pasó, y punto. Nosotros, al contrario, sabemos que Dios nos hace sufrir por nuestro bien. Pero, sobre todo, lo que debemos tener en cuenta es que cada sufrimiento que atravesamos corresponde a un golpe de cincel dado por un escultor, un alba-

ñil muy habilidoso que nos toca en el punto que nos hará bien en ese momento. Entonces, el sufrimiento más estúpido, cuanto más impre-visto sea, sin embargo, es mejor para nuestra alma, en ese momento y de esa manera. En este sentido, no se trata de una forma de mala suerte, sino, por el contrario, es la aplicación por excelencia de lo que Nuestro Señor dice en el Evangelio: La Providencia cuida de cada hombre hasta el punto de que incluso los cabellos de nuestra cabeza no caen sin su consentimiento (Lc 21,18).

A veces vemos que suceden cosas que se diría: “¡Pero Dios mío, lo menos arquitectónico, lo más loco es eso! Me puede pasar cualquier cosa, pero eso no lo entiendo”.

Ahora bien, la apariencia anti-arquitectónica de lo sucedido es quizás la más arquitectónica. Precisamente aquello que Dios nos pide, de una manera que no quisiéramos imaginar, es lo que debe hacernos bien. En este sentido, Dios es como un cirujano experto que nunca corta excepto donde necesita hacerlo. Además, incluso si el cirujano hace un gran corte, sabemos que era el más pequeño posible.

Con nosotros también, a veces, no entendemos bien tanta cosa. Aún así, fue la mano de Dios que abrió lo menos posible, pero nuestra alma necesitaba eso y de ese tamaño. Sin embargo, todo se hizo con mucho amor, mucha consideración y mucho propósito.

Por lo tanto, debemos aceptar, aunque no entendamos, porque lo mejor está en no comprender el dolor inexplicable, el sufrimiento que viene sin sentido y cae encima de nosotros, más o menos como si fuera un perro enojado que de repente entra aquí y muerde a alguien. Este es el mejor sufrimiento, con el que Dios hiere a los que más quiere salvar.



Fragua en la forja

Quien soporta el sufrimiento es un elemento escogido de la Iglesia

El Espíritu Santo a veces compara la cruz con un colador, que purifica el grano de la paja y la escoria: sin resistir, dejaos sacudir y agitar como el grano en un colador; estáis en la criba del Padre de familia y dentro de poco estaréis en su granero.

Aquí también, la expresión es muy hermosa. Porque la única selección verdadera es la que se puedes hacer en el dolor. El que soporta el sufrimiento es el elemento elegido de la Iglesia de Cristo. El que no tiene sufrimiento, después de todo, ¿qué vale ante Dios? Nada, porque no pasó por ningún suplicio.

Otras veces lo compara con el fuego que con la vivacidad de sus llamas quita el óxido del hierro. Nuestro Dios es un fuego que, a través de la cruz, permanece en un alma para purificarla, sin consumirla, como otrora en la zarza ardiente. Otras veces se compara la cruz con el crisol de una fragua, donde el oro bueno se afirma y el falso desaparece en el humo: el bueno sufriendo pacientemente la prueba del fuego, y el falso levantándose como humo contra las llamas. Es en el crisol de la tribulación y la tentación donde los verdaderos amigos de la Cruz se purifican con la paciencia, mientras que sus enemigos desapare-

cen en el humo por su impaciencia y sus murmuraciones.

El papel de la tentación allí es muy importante. Me ha resultado muy difícil hacer que esto sea aceptado por las generaciones más recientes, que siempre toman la tentación como un signo de decadencia en la vida espiritual. Es automático: “Me sentí tentado; luego estoy anhelando cosas malas. Si estoy apeteciendo cosas ruines es porque empeoré”. No es verdad. La tentación puede golpear a un santo. Además, es una de las formas más duras de sufrimiento y, por eso mismo, una forma de cruz que debemos amar.

Debemos pedir que pase la tentación, pero regocijarnos de haber sido tentados, y aun de que la Providencia no quite la tentación de nuestra alma, mientras sea su designio. Hasta ahí tenemos que llegar. Aunque estos conceptos son familiares, siempre es bueno recordarlos. ¿Quién de nosotros no tiene algo que le haga sufrir? Espero que sea solo una cosa ... Cómo recibiríamos mejor este sufrimiento si recordáramos lo que acabo de decir, de la mano de Dios que dio ese sufrimiento para que se recibiera de esa manera, en ese momento. Es evidente.

Incluso en el apostolado, el sufrimiento es necesario, absolutamente indispensable. Que el apostolado nos traiga molestias, amarguras, es normal. El apostolado que no implique molestias y amarguras no es bendecido por Dios.

A veces las dificultades en el apostolado son tales que nos dan la impresión de abandono de Nuestra Señora. Si nos dedicamos enteramente a una obra de apostolado, basta con empezar que comienzan a multiplicarse a nuestro alrededor las dificultades,

Flávio Lourenço

Gabriel K.

Gabriel K.

Gabriel K.

Flávio Lourenço



Cain matando a Abel – Museo de la Santa Cruz, Toledo, España



Viaje de Abraham con su familia Museo Palazzo Rosso, Génova, Italia



Fuga de Sodoma – Museo de la Catedral, Pisa, Italia



Tobías cura la ceguera del padre – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York, EE.UU.



Job en su basurero – Museo Frederic Marès, Barcelona, España

Gabriel K.

Zarza ardiente – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York, EE.UU.



a veces completamente inesperadas, imprevistas.

Pedir el espíritu de cruz

Mirad, mis queridos Amigos de la Cruz, mirad ante vosotros una gran nube de testigos que prueban, sin decir nada, lo que os digo. He aquí, de paso, al justo Abel asesinado por su hermano; al justo Abraham extranjero en la tierra, al justo Lot expulsado de su país; al justo Tobías, herido de ceguera; al justo Job empobrecido, humillado y cubierto por una llaga de la cabeza a los pies. Mirad tantos Apóstoles y Mártires cubiertos con la púrpura de su sangre; tantas Vírgenes y Confesores



Flávio Lourenço

Martirio de San Ignacio de Antioquía
Catedral de Palencia, España



Flávio Lourenço

Nuestra Señora de los Dolores Iglesia
de San Nicolás, Murcia, España

empobrecidos, humillados, expulsados, despreciados que con San Pablo exclaman: “Mirad a nuestro buen Jesús, autor y consumidor de la fe que tenemos en Él y en su Cruz; fue preciso que Él sufriese para entrar en su gloria a través de la Cruz”.

Ved al lado de Jesucristo un agudo gladio que penetra, hasta el fondo, en el corazón tierno e inocente de María, que nunca tuvo ningún pecado, original o actual. ¡Cómo me pesa no poder extenderme hablando sobre la Pasión de uno y de otro, para mostrar que lo que sufrimos nada es en comparación de lo que sufrieron!

Después de esto, ¿cuál de vosotros puede abstenerse de llevar su cruz? ¿Quién de vosotros no volará rápida-

mente a los lugares donde sabe que le espera la cruz? ¿Quién no exclamará, con San Ignacio mártir: “¡Que el fuego, el patíbulo, las fieras y todos los tormentos del diablo caigan sobre mí, para que pueda gozar de Jesucristo!”.

Estas son consideraciones bien conocidas, pero siempre vale la pena recordarlas. Lo que más me emociona es precisamente la idea de que el sufrimiento fue medido, adecuado para mí, aunque no me dé cuenta, y por lo tanto de aquello no se perderá nada.

Para cada persona habrá otras dificultades y soluciones a considerar ante el problema del dolor. Pero al menos cuando sabemos que tiene una utilidad superior, nos sentimos bien. Que Nuestra Señora nos dé este espíritu de cruz para que podamos consagrarnos adecuadamente a su Inmaculado Corazón. ♦

(Extraído de una conferencia del
30/9/1967)

- 1) Los extractos comentados por el Dr. Plinio en esta conferencia corresponden a la números 27 al 32.



La Revolución y la degradación del hombre

La Civilización Cristiana, que es al mismo tiempo, la civilización del sacrificio y del placer, formó en el espíritu del hombre una conciencia de su dignidad, inclusive después del pecado original. Ahora, en nuestros días, uno de los aspectos de la Revolución es degradar al ser humano al máximo, a través de la moda y las costumbres.

La predicación de Jesús - Iglesia de Santa Ségolène, Metz, Francia

De acuerdo con la buena educación, cuando recibimos una visita en nuestra casa, la tratamos con especial atención, haciendo todo lo posible para que el visitante se sienta a gusto; por ejemplo, lo llevamos al mejor lugar, servimos comidas y bebidas que presumiblemente le agraden, hablamos de los temas que le gusta hablar.

Afabilidad propia de la civilización cristiana

Todo hombre tiene la debilidad de complacerse en hablar de sí mismo y no de los demás. Por tanto, si queremos ser amables con alguien, preguntémosle sobre su vida, sus opiniones, su persona, en fin. Sin duda nuestro invitado tendrá un montón de cosas

para contar. Y, por más banales e insípidas que sean sus narraciones, tenemos que mostrar interés, haciéndole comentarios amables, sin mentir, porque nunca se debe mentir.

Alguien dirá: “¡Entonces, es muy aburrido recibir una visita!”

Yo respondo: Muchas cosas son tediosas; sin embargo, constituyen la civilización. El que busca hacer solamente



lo agradable es un indio primitivo, no una persona civilizada.

No solo cuando recibimos una visita, sino también cuando estamos en la calle, hablamos con un compañero en el colegio, en la universidad, en el lugar de trabajo, sentado al lado de una persona en el metro o en el autobús, tenemos que hacer todo lo posible para que nuestra presencia sea agradable.

Esta preocupación por ser amable con los demás corresponde a un precepto de Nuestro Señor Jesucristo, que resumió los Diez Mandamientos en dos: amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Si amamos al prójimo, debemos querer ser amables con él. La civilización que nos lleva a ser agradables a los demás, pensando más en ellos que en nosotros mismos, se llama Civilización Cristiana, que es, al mismo tiempo, la civilización del sacrificio y el placer.

Hubo un tiempo en que el hombre era un ser perfecto, hermoso, agradable de trato y sólo se complacía a sí mismo y a los demás, viviendo en un lugar de perfecta belleza, donde toda la naturaleza le obedecía. Este lugar de delicias y maravillas era el Paraíso Terrenal, antes de que el ser humano pecara.

Adán y Eva pecaron, cayendo en el disgusto de Dios y perdiendo todos los dones que Él les había dado, comenzando por aquel don por el cual no morirían. El hombre fue así condenado a muerte, a estar, además, sujeto a enfermedades, a tener su cuerpo desfigurado, exhalando materiales pútridos y malolientes.

Dignidad del cuerpo humano expresada en su miembro más noble

Si analizamos la naturaleza humana, vemos esto: lo más digno que

Archivo Revista



Una de las últimas fotografías del Dr. João Paulo

el hombre tiene es el alma. El alma tiene mucha más dignidad que el cuerpo. Y debido a esto, cuanto un miembro o una parte del cuerpo es más capaz de reflejar el alma, más digna es.

Por ejemplo, la dignidad de los ojos es grande porque expresan intensamente el alma y presentan lo mejor que tiene el hombre: el espíritu. El juego de la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad se revela por completo en los ojos y, de alguna manera, en toda la cara. ¡Cuánto refleja la boca del hombre! Mientras habla, el movimiento de su boca manifiesta gran parte de su espíritu. La propia nariz tiene una expresión particular.

Un elemento que establece un marco normal para el rostro humano es el cabello. Por tanto, debe estar siempre limpio y bien ordenado. Cuando algún joven de mi familia aparecía en casa con el cabello desordenado, mi padre, que era de Pernambuco, usaba un término que no

sé si todavía se usa en Pernambuco. Miraba con desdén ese cabello y decía: “¿Qué ‘gaforinha’ es esa?” Nunca le pregunté qué significaba “gaforinha”. Pero quedaba tan evidente lo ridículo del cabello desordenado, que la persona iba a peinarse inmediatamente. Al ver al joven regresar bien peinado, le decía: “Ahora, chico, estás bien. ¡Gaforinha, no! Cabello limpio y bien arreglado”.

La Providencia determinó que quedara en la cabeza el principal centro nervioso del hombre, a tal punto que se tiene la ilusión de que allí reside el alma. Cuando, siendo aún niño, supe que el alma no se encuentra en el cráneo, sino que está difusa por todo el cuerpo, quedé muy sorprendido y desconcertado. Sin embargo, también aprendí que a partir de la caja craneal se gobierna todo el organismo. Esto hace que la cabeza sea la parte más digna del cuerpo humano. El tronco y las extremidades expresan mucho menos la naturaleza espiritual del hombre.

En nuestros días, la moda busca degradar al hombre

Tengo la impresión – no es Doctrina Católica, pero tampoco la contradice – que una de las razones por las que la persona debe ocultar su cuerpo es precisamente porque, después del pecado original, se ha vuelto tan inexpresivo y carnal que resulta por debajo de la dignidad del hombre. Por eso, la persona tiende a mostrar la cara y ocultar el resto del cuerpo, por ejemplo, el abdomen. ¿Cuál es la persona que puede decir: “Mi abdomen expresa inteligencia”? Es ridículo, haría reír. Así, cuando un miembro del cuerpo que no es

susceptible a una expresión intelectual causa vergüenza, porque representa una parte inferior del hombre, más afectada por el pecado original. Por tanto, no es sólo la tentación de la impureza, sino la expresión de animalidad que se manifiesta en ella.

Uno de los aspectos de la Revolución en nuestros días es una tendencia, una moda que lleva a deprimir, a degradar al hombre tanto como sea posible, haciendo que se trate a sí mismo y se presente de forma indebida. Por ejemplo, con los pies expuestos, a veces sucios, sudorosos, manchados, deformados por el contacto con el suelo. De ahí la decadencia del calzado, por la cual, del zapato de cuero barnizado se pasó al tenis, de ahí se pasará a la sandalia, exhibiendo los pies, y de la sandalia para la abolición del calzado, para que el hombre sea como un animal.

También la tendencia al nudismo. En primer lugar, tiene el gravísimo inconveniente de despertar la concupiscencia, constituyendo así una inmoralidad. Pero también está el problema de que, con esto, la parte más

animal del hombre aparece enteramente, lastimando su dignidad. Como resultado, la moda que conduce al nudismo es la moda de la degradación.

Llegué a conocer personas de mi familia que usaban camisas de lino, almidonadas y duras en el pecho, lo que obligaba al hombre a estar recto. Así, la dignidad del hombre se veía favorecida por el traje.

Formas de comer y de vestirse al inicio del siglo XX

Cuando era muy pequeño, por lo tanto, entre los años 1910 a 1918, más o menos, si una persona estaba comiendo en la mesa tenía la estricta obligación de no recostarse en el espaldar de la silla. La suprema falta de educación era poner el codo sobre la mesa, porque el hombre debía ocultar su pereza y mostrar dominio sobre sí mismo.

Otra cosa: nunca inclinarse para poner comida en la boca. Mantenerse recto, y la comida tenía que subir hasta los labios. También la forma de

sostener los cubiertos, todo pretendía hacer brillar la dignidad.

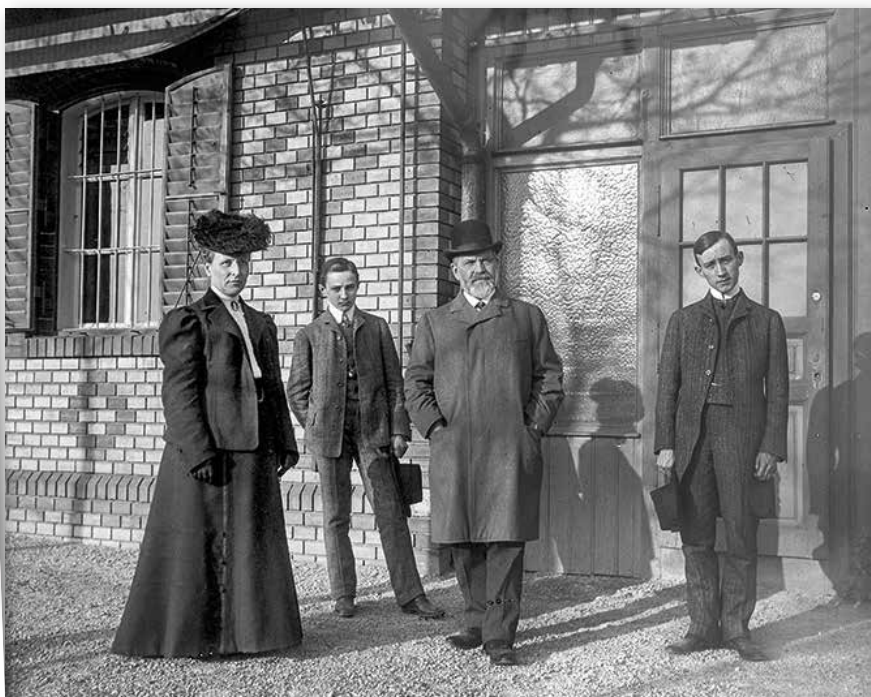
La decadencia fue tan rápida que cuando acabó mi infancia, ciertas costumbres ya habían sido abolidas. Hoy en día sólo falta comer directamente con las manos, tal es la vergüenza en la forma de comer.

En cuanto a la vestimenta, a principios del siglo XX la chaqueta llegaba hasta la rodilla, y siempre era de un paño de color serio, porque todo hombre debe ser serio. Un hombre nunca salía a la calle sin sombrero. El otro día vi una antigua fotografía de una asamblea de trabajadores en huelga. Todos llevaban chaqueta, corbata y sombrero. Y eran simples obreros. Hoy en día, un patrono, dueño de decenas de fábricas, está vestido como un obrero de hace cincuenta años no se vestía. Eran horizontes completamente diferentes.

Vemos en todo esto una muestra de uno de los aspectos de la Revolución en la sociedad en nuestros días. ♦

(Extraído de conferencia del 18/1/1986)

Deseronto Archives (CC3.0)



Adoménioyó/Donor: Schoch Frigyes (CC3.0)

Trajes de principios del siglo XX



SANTORAL

1. Santa Beatriz de Silva y Mene-ses, virgen (†1490).

2. San Antonino, mártir (†S. IV). Según la tradición era tallador de piedra y fue muerto por los paganos a los veinte años de edad por haber destruido ídolos en Apamea, Siria.

3. San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia († 604).

Santos Juan Pak Hu-jae y cinco compañeras, mártires (†1839). Degollados en Seúl, Corea, después de haber soportado crueles suplicios por ser cristianos.

4. Beata Catalina Mattei, virgen († 1547). Terciaria de las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, que soportó con admirable caridad una larga enfermedad, calumnias y tentaciones en Caramagna, Italia.



5. Domingo XXIII del Tiempo Ordinario.

Beato Juan Bueno de Siponto, abad († S. XII). Edificó el monasterio de San Miguel en el litoral de Dalmacia, actual Croacia.

6. San Cagnoaldo, obispo (†c. 632). Discípulo de San Columbano, fue su único auxiliar en el eremitorio de Brengenz junto al lago de Constanza. Falleció en Laon, Francia.

7. Beato Ignacio Kłopotowski, presbítero (†1931). Sacerdote de la Diócesis de Lublin, Polonia, y fundador de la Congregación de las Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de Loreto.

8. Natividad de Nuestra Señora.

San Sergio I, Papa († 701). De origen sirio, se dedicó intensamente a la evangelización de los sajones y frisios. Resolvió sabiamente muchas controversias y conflictos, prefiriendo morir a consentir los errores.

9. San Pedro Claver, presbítero († 1654).

Beata María Eutimia, virgen († 1955). Religiosa de las Hermanas de la Misericordia, sirvió a Dios en la persona de los enfermos durante la II Guerra Mundial. Falleció en Münster, Alemania.

10. Santa Pulqueria, emperatriz († 453).

11. San Juan Gabriel Perboyre, presbítero y mártir († 1840). Sacerdote Lazarista, sufrió una penosa cárcel y murió estrangulado, suspendido de una cruz, en Wuchang, China.

12. Domingo XXIV del Tiempo Ordinario.

Santísimo Nombre de María.

Beata María Luisa Prósperi, abadesa († 1847). Religiosa benedictina de Trevi, Italia, a la cual Nuestro Señor concedió dones místicos extraor-

dinarios, pero sin evitarle largas y dolorosas pruebas.

13. San Juan Crisóstomo, obispo Doctor de la Iglesia († 407).

San Maurilio, obispo († 453). Nacido en Milán, fue discípulo de San Martín de Tours, por quien fue ordenado presbítero, Elegido obispo de Angers, Francia, erradicó las supersticiones paganas de los pueblos rurales.

14. Exaltación de la Santa Cruz.

San Materno, obispo (†c. 314). Condujo hacia la Fe en Cristo a los habitantes de Tongres, Colonia y Tréveris, Alemania.



15. Nuestra Señora de los Dolores.

Beato Antonio María Schwartz, presbítero (†1929). Fundó en Viena la Congregación de los Trabajadores Cristianos de San José de Calasanz.

16. San Cornelio, Papa († 253), y **San Cipriano**, obispo († 258), mártires.

* SEPTIEMBRE *

San Juan Macías, religioso († 1645). Hermano lego dominico, que durante mucho tiempo ejerció oficios humildes en el convento de Lima, dedicándose a los pobres y enfermos.

17. San Roberto Belarmino, obispo y Doctor de la Iglesia († 1621).



Beato Carlos de Blois

San Pedro de Arbués, presbítero y mártir († 1485). Canónigo regular de la Orden de San Agustín que, combatió las herejías en el reino de Aragón y fue muerto por sicarios, al pie del altar de la Catedral de Zaragoza, España.

18. Santo Domingo Trach, presbítero y Mártir († 1840). Sacerdote dominico que en tiempos del emperador Minh Mang, prefirió morir a tener que pisar la Cruz. Fue degollado en Nam Dinh, Vietnam.

19. Domingo XXV del tiempo Ordinario.

San Juanuario, obispo y mártir († S. IV).

Santa María Guillermina Emilia de Rodat, virgen († 1852). Fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia en Villefranche, Francia.

20. Santos André Kim Taegon, presbítero, **Paulo Chong Hasang** y compañeros, mártires († 1839-1867).

Beata María Teresa de San José, virgen († 1938). Fundadora de las Hermanas Carmelitas del Divino Corazón de Jesús. Falleció en Sittard, Holanda.

21. San Mateo, Apóstol y Evangelista.

22. San Emeramo, obispo y mártir († c. 690). Predicó el Evangelio en los alrededores de Poitiers, Francia y después en Baviera, Alemania. Fue muerto por su fe en Ratisbona, Alemania.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero († 1968).

Beata Bernardina Jablonska, virgen († 1940). Fundadora de las Hermanas Siervas de los Pobres, en Cracovia, Polonia. Fue hija espiritual de San Alberto Chmielowski.

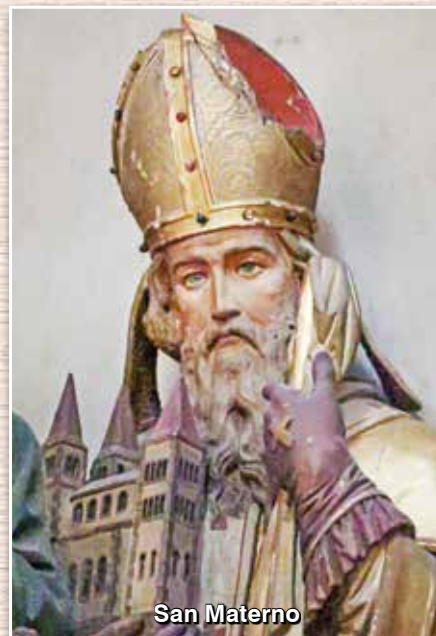
24. Nuestra Señora de las Mercedes. En 1218, San Pedro Nolasco tuvo una visión de la Virgen María, quien le pedía que fundara una orden que llevara su nombre.

25. San Sergio de Radonez, abad († 392). Después de llevar una vida eremítica, fundó en las proximidades de Moscú el monasterio de la Santísima Trinidad y propagó la vida cenobítica en Rusia Septentrional.

26. Domingo XXVI del Tiempo Ordinario.

Santos Cosme y Damián, mártires († c. S. III).

Beata Lucía del Caltagirone, virgen († 1400). Terciaria franciscana fallecida en Salerno, Italia. Se destacó por su fidelidad a la Regla y su devoción a las Cinco Llagas de Cristo.



San Materno

27. San Vicente de Paúl, presbítero († 1660). Ver página 2.

Beato San Juan Bautista Laborier du Vivier, diácono y mártir († 1794). Durante la Revolución Francesa fue condenado a un cruel cautiverio en Rochefort, donde murió de una grave enfermedad.

28. San Venceslao, mártir († 929/935).

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires († 1633-1637).

29. San Miguel, San Gabriel, San Rafael Arcángeles. Ver páginas 26.

Beato Carlos de Blois, laico († 1364). Siendo Duque de la Bretaña, deseó entrar en la Orden Franciscana, mas forzado a revindicar el principado, soportó con firmeza de animo las tribulaciones de la prisión y fue muerto en combate junto a Auray, Francia.

30. San Jerónimo, presbítero y Doctor de la Iglesia († 420).

San Francisco de Borja, presbítero († 1572). Después de la muerte de su esposa, ingresó en la Compañía de Jesús, abdicando a las honras del mundo. Fue elegido como Tercer Superior General de la Orden, en Roma.



Las realidades terrenas deben ser parecidas con las del cielo



Didier Descouens (CC3.0)

San Rafael Arcángel
Iglesia de los Jesuitas,
Venecia, Italia

En la consideración de la fiesta de San Rafael Arcángel debemos impetrarle la gracia de ver en todas las realidades terrestres la semejanza con las celestiales. Solamente, en la medida que amemos las realidades terrenas parecidas con el cielo, prepararemos nuestras almas para el Reinado de María Santísima y para la eterna beatitud.

El culto a los Santos Ángeles está muy relacionado con nuestra espiritualidad, razón por la cual el estudio de los espíritus angélicos ocupa un papel muy importante en nuestros pensamientos.

*Pedir gracias espirituales
y temporales*

San Rafael, como siendo uno de los más eminentes de los ángeles, naturalmente tiene un lugar privilegiado en nuestra devoción. Por otro la-

do, el hecho de que él encamine las oraciones de los hombres hacia Dios y, naturalmente, a Nuestra Señora, que también es intercesora para los ángeles, es un motivo especial para que le demos culto a San Rafael.

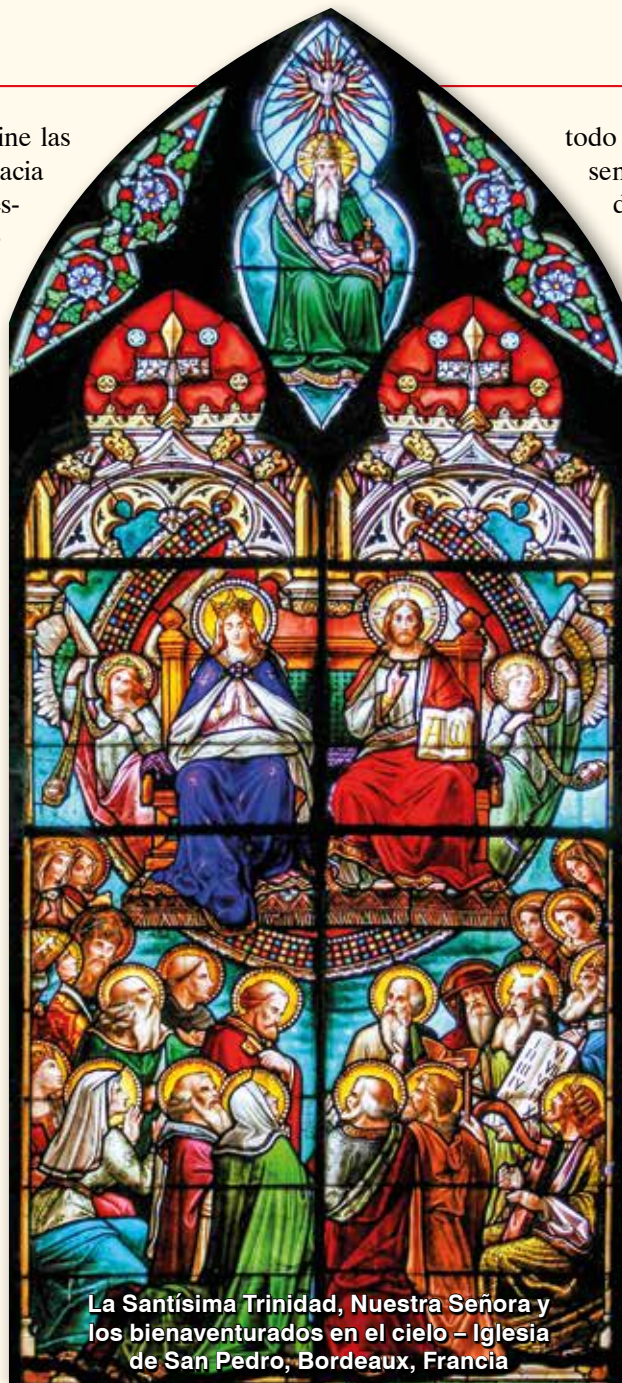
El arcángel San Rafael es el Patrono de los que viajan y también de los enfermos. Hay tanta gente que, a uno u otro título, es enfermo. Considero una buena cosa que la persona, en relación a sus propias enfermedades, se comporte así: “Dios mío, os pido que me libréis de esta enfermedad, pero si no lo hicieris, pues es de vuestro designio, haced por lo menos que yo saque todo el fruto espiritual de ella”.

Alguien podría pensar que pedir la salud no corresponde a una actitud perfecta, porque es una gracia temporal y no espiritual. Dios me libre de una religiosidad que sólo pida las gracias temporales; pero, que Él me libre igualmente de otra que juzga que hay una imperfección en pedir las gracias temporales. Se debe pedir también “el pan nuestro de cada día”.

Protocolo monárquico de los buenos tiempos

Una de las nociones que se borran mucho del culto de los ángeles, y que me parece interesante recordar, es la de que el cielo constituye una verdadera corte. Antiguamente se hablaba mucho de la Corte Celestial, que encuentra su fundamento en la idea de que Dios está delante de los ángeles y santos, en la Iglesia Gloriosa, como un rey delante de su corte.

Pero lo curioso es que algunas peculiaridades propias a las cortes exis-



La Santísima Trinidad, Nuestra Señora y los bienaventurados en el cielo – Iglesia de San Pedro, Bordeaux, Francia

Flávio Lourenço

todo se pasase de un modo práctico, sencillo y decoroso, facilitando toda la vida del monarca.

Así, por ejemplo, cuando el rey se colocaba a disposición para recibir los pedidos de sus súbditos, él los atendía teniendo en torno suyo, en las grandes ocasiones, a los príncipes de la Casa Real y personas de alta nobleza. Las peticiones eran presentadas por escrito; sin embargo, el interesado comparecía delante del monarca y podía dirigirle la palabra para decirle lo que quisiese. Alguien príncipe, una persona de alta categoría, o alguien que fuese allegado al interesado también podía decir algo. Entonces, el solicitante entregaba un rollo de papel con su pedido a un dignatario, que el rey examinaría después. Había una mesa sobre la cual iban acumulándose las peticiones que después eran despachadas por un Consejo especial.

Se nota entonces una especie de jerarquía de funciones, de dignidades, de intercesiones que conducen al rey; y después, procediendo de él, llega a los particulares. Ése es el mecanismo de una corte.

Padrón para todas las cortes terrestres

En la Corte Celestial en último análisis existe el mismo protocolo y por las mismas razones. Dios Nuestro Señor – que evidentemente no necesita de nadie –, al haber creado seres diversificados es natural que entregue a ellos algunas misiones junto a Él, según una disposición jerárquica. Y también, que esos seres posean un brillo, un esplendor, una

tentes en la tierra, por las similitudes entre las cosas de la tierra y del cielo, acaban existiendo también en la Corte Celestial, constituyéndose una corte en el sentido mucho más literal de la palabra de lo que se podría imaginar.

Si consideramos un protocolo monárquico de los buenos tiempos, veremos que no era, según imaginan algunos, una cosa formal y completamente vacía; era la manera de regir la existencia de las varias personas al servicio del rey, de forma que



Plaza de San Pedro durante la proclamación del dogma de la Asunción de María, por el Papa Pío XII, el 1 de noviembre de 1950

dignidad en la mansión celestial, correspondiente a las tareas de las que son incumbidos, tareas estas que a su vez corresponden a la propia naturaleza de ellos.

Así, está enteramente de acuerdo con el orden del universo que los seres humanos sean regidos por los ángeles, y éstos sean intercesores de los hombres junto a Dios. De manera que es verdaderamente una vida de corte, con un protocolo y una dignidad, que sirve de padrón para todas las cortes terrestres, e indica la necesidad de que exista un protocolo, una jerarquía, una diversifica-

ción de funciones. El ejemplo contrario de eso lo tenemos en los discursos de jefes de Estado y de sindicalistas modernos, teniendo una pila de gente atrás, decenas de micrófonos y gente alrededor conversando; el individuo interrumpe la arenga, da una orden para éste o aquél, cuenta un chiste y, después continúa hablando para la masa. Un caos en el cual no hay compostura ni dignidad. Y esa carencia de orden, compostura y dignidad van constituyendo la igualdad y la democracia.

Al contrario, en el estilo aristocrático-monárquico encontramos esa

diferenciación, esa jerarquía que es la propia imagen del cielo, y comprendemos mejor aquella afirmación de Pío XII de que, aún en las democracias verdaderamente cristianas, es indispensable que las instituciones tengan un alto *tonus* aristocrático.

Condición psíquica de sobrevivencia en la tierra

La fiesta de San Rafael nos conduce exactamente a esa idea. Es un intercesor celestial de alta categoría que lleva nuestras oraciones a Dios, porque es uno de los espíritus angélicos más elevados que asisten junto a Él y, por lo tanto, están más próximos de Él para pedir por nosotros, constituyendo los canales naturales de las gracias que deseamos.

Esa consideración nos conduce a la idea de que debemos reforzar cada vez más en nosotros el deseo de que las realidades terrestres sean semejantes a las celestiales. Porque, sólo en la medida en que amemos las realidades terrenas parecidas con las del cielo, es como preparamos nuestras almas para la beatitud celestial. Si al morir no tenemos apetencia por las realidades terrestres parecidas con las celestiales, no tendremos apetencia del cielo.

Por lo tanto, hay algo en ese espíritu de jerarquía, de distinción, de nobleza, de elevación, que corresponde a una verdadera preparación para el cielo; preparación que es tanto más deseable cuanto más vayamos sumergiéndonos en un mundo de horror, en el cual todas las exterioridades con las cuales tomamos contacto son monstruosas, caóticas y desorganizadas.

Es una necesidad del espíritu humano, de modo a no sumergirse en la desesperación, que la persona pueda poner sus miradas extenuadas y doloridas en algo digno y bien ordenado. No es propio del hombre vi-

vir en el *mare magnum* de cosas que caen, se sumergen y se deterioran. En algún lugar él necesita poner su alegría y su esperanza.

Pero de tal forma todo cuanto es digno va desapareciendo de este mundo que, o tenemos cada vez más nuestro deseo y esperanza puestos en el cielo, o no tendremos más condiciones psíquicas de sobrevivencia en la tierra.

Hubo una santa que tuvo una revelación en la cual vio a su propio ángel de la guarda. Era un ente de una naturaleza tan elevada, tan noble y excelsa, que ella se arrodilló delante de él para adorarlo, pensando que era el propio Dios. El espíritu celestial debió explicarle que él era sólo su ángel de la guarda, perteneciente a la jerarquía menos alta que existe en el cielo. En comparación con eso, ¿qué podemos imaginar de un ángel como San Rafael, de las más elevadas jerarquías?

San Luis, Rey de Francia, y San Rafael, Príncipe celeste

Pero para no quedarnos en la concepción de un puro espíritu, podemos servirnos de una comparación antropomórfica que nos haga degustar mejor esa realidad, imaginando por ejemplo a San Rafael tratando con Nuestra Señora en el cielo, a la manera de San Luis Rey de Francia, hablando con su madre Blanca de Castilla.

Es sabido que San Luis era un hombre de alta estatura, gran belleza, muy imponente, de manera que al mismo tiempo atraía, infundía un respeto profundo y suscitaba un inmenso amor. Poseía el estilo de un guerrero terrible en la hora del combate, y era el rey más pomposo y decoroso de su tiempo.

Ese rey, en el cual brillaban todas las glorias de la santidad y que era un hijo muy amoroso, podemos imaginarlo en los esplendores de la corte de Francia conversando con Blanca de

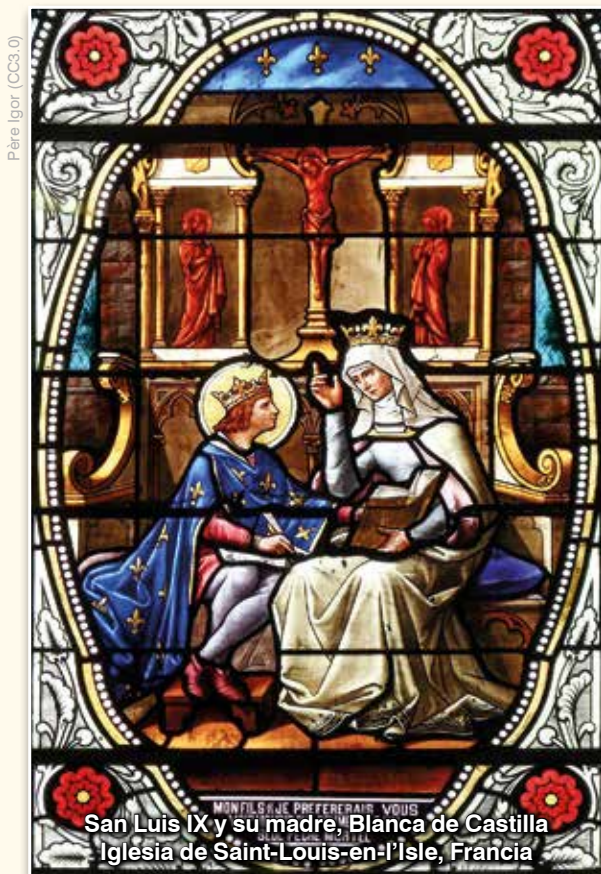
Castilla. ¡Cuánta distinción, cuánto respeto, cuánta elevación, cuánta sublimidad en esa escena! Ella nos da un poco la idea de lo que sería San Rafael dirigiéndose a Nuestra Señora. Un rey como San Luis era una especie de ángel en la tierra. San Rafael, vagamente puede ser considerado como una especie de San Luis celeste. Él es un Príncipe celeste; sólo con la diferencia de que San Luis era rey y San Rafael, no. Y Nuestra Señora es Reina a un título mucho más alto que Blanca de Castilla.

Por esta trasposición podemos tener un poco la idea, a la manera de hombres, de la alegría de la cual vamos a estar



San Rafael – Museo Palazzo Abatellis, Palermo, Italia

Flávio Lourenço



San Luis IX y su madre, Blanca de Castilla
Iglesia de Saint-Louis-en-l'Isle, Francia

inundados en el cielo, cuando podamos contemplar a un arcángel como San Rafael; y todo cuanto veremos de Dios admirando a ese Príncipe celeste.

Pidamos a él que tengamos esa contemplación; pero también, que algo de esas ideas penetren en nosotros en esta vida, y que la consideración de ese orden ideal y realmente existente nos conforte para una esperanza del cielo y del Reinado de María, disipando toda la tristeza creciente de estos días en que los castigos previstos por Nuestra Señora en Fátima se van aproximando tan rápidamente de nosotros. ♦

(Extraído de conferencias del
23/10/1963 y 23/10/1964)

APÓSTOL DEL PULCHRUM

Flávio Lourenço

Dios Padre
Basílica de Santa Juana
de Arco, Domrémy-la-
Pucelle, Francia

Perfección del universo: unidad y variedad

Rodrigo C. B.



Obelisco de la Plaza de San Pedro, Vaticano

Presentando diversos y significativos ejemplos, el Dr. Plinio muestra que existen dos formas de belleza: una proveniente de la unidad y otra de la variedad. Dios, habiendo hecho la Creación, quiso que algunos seres representasen su unidad, y otros por la variedad, expresasen su belleza. Por eso, la unidad y la variedad son muy bonitas, sobretodo cuando se armonizan entre sí.

La jerarquía angélica no es formada apenas de una serie de seres distintos, sino que esos seres constituyen una escala de poderes, manteniendo una relación de mando entre sí. Por lo tanto, habiendo creado tantos seres desiguales, Dios los relacionó entre sí en una escala admirablemente organizada.

Sin embargo, surgen las siguientes preguntas: ¿no sería más perfecto si Dios crease un único ser? ¿Una vez que Él creó varios, no sería mejor haberlos hecho iguales?



Desierto del Sahara



En los seres existentes se pueden considerar dos formas de excelencia, de belleza o de perfección. Existen algunos dotados de un *pulchrum* inherente a ellos y que reside propiamente en la unidad. Existen otros en los cuales la belleza no está en la unidad, sino en la variedad.

Unidad y simplicidad, una forma característica e inconfundible de pulchrum

Por ejemplo, un monolito como aquel obelisco localizado en el centro de la Plaza de San Pedro. Él posee una forma elegante, mas su belleza no está apenas en la elegancia. Imaginen que aquello fuese constituido de cuatro o cinco piedras cortadas y colocadas una sobre otra de manera a dar aquella configuración. ¿No perdería el mérito? La excelencia del obelisco está en ser una sola piedra de aquel tamaño. Por lo tanto, el elemento principal de su belleza es la unidad.

En Campos dos Goytacazes fui a visitar un viejo solar, hoy transformado en asilo. El piso del comedor, de

grandes dimensiones, era constituido de tablas enormes que iban casi de una punta a la otra de la sala. Cada tabla medía cerca de medio metro de ancho por casi diez de largo. Sin duda, eso confería una belleza peculiar a aquel piso. Si aquellas tablas enterizas fuesen sustituidas por tacos, la majestad de aquella unidad quedaría destruida.

Otro ejemplo del *pulchrum* inherente a la unidad es el Lago Léman, en Suiza. Son aguas muy paradas, tranquilas, que nunca sufren agitación, de un azul delicado y permanente, una placidez absoluta. Aquella uniformidad e invariable serenidad de la superficie constituye la belleza específica de aquel paisaje.



Lago Léman, Suiza



APÓSTOL DEL PULCHRUM

Zairon (CC3.0)



Capilla del Palacio de Versailles, Francia



Lionel Allorge (CC3.0)

Se nota también ese tipo de belleza en panoramas como el de Copacabana o de la Playa Grande – próxima a Santos – donde la línea del horizonte presenta una unidad muy grande. No se ve el espigón de una isla quebrando aquello. En ciertos puntos ni siquiera se divisa la punta de una montaña que avance en el mar y rompa el paralelismo de aquellas líneas. Por cierto, el *pulchrum* del Sahara está en esto: un arenal que no acaba más.

En la perla, la hermosura está exactamente en su uniformidad. Si ella tuviese alguna protuberancia o una mancha, no sería bonita. Ella debe ser de una esfericidad y blancura invariables y perfectas en todos sus puntos.

La unidad tiene una belleza característica que puede hasta ser superada, pero que cualquier adorno o modificación perjudica o elimina.

Imaginemos que alguien quisiese hacer del ya referido obelisco de la Plaza de San Pedro una cosa de fábula y lo recamase entero con piedras preciosas. Quedaría resplandeciente de colores, tal vez como un árbol de Navidad

sin ramas y con bonitos efectos de luz; pero la majestad propia al monumento desaparecería. A su modo, también en el Asilo del Carmen de Campos, si resolviesen cortar aquellas tablas y sustituirlas por un *parquet* lindo, formando diseños, quizás quedase más bonito y ornamental; sin embargo, se perdería lo bello característico de la unidad.

No estoy comparando estilos de belleza, sino mostrando que hay en la unidad y simplicidad una forma característica e inconfundible de *pulchrum*. Así, encontramos ciertos seres que precisan de una presentación muy cuidadosa y simple.

Supongamos que un joyero tenga un lindo brillante para exponer en su vitrina. ¿Cómo debería presentarlo? ¿Quedaría bien colocarlo en una caja de brocado todo trabajado, o en medio de una multitud magnífica de joyas? Para hacer sobresalir la simplicidad del brillante sería mejor arreglar un bonito terciopelo de fondo sobre el cual se pusiese una caja muy simple, y exponerlo solo en la vitrina. Esta presentación realzaría la belleza de ese diamante único, toda hecha de simplicidad. La unidad acentúa mucho la grandeza, pone en evidencia la homogeneidad de la sustancia, la regularidad de la forma y la hermosura del aspecto.

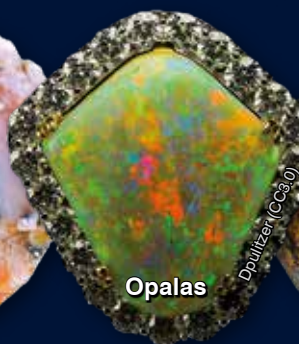


Pérolas

Xth-Floor (CC3.0)

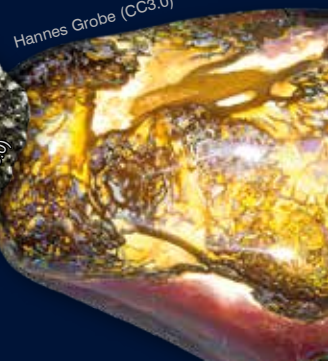


Opalas



Hannes Grobe (CC3.0)

Dpulitzer (CC3.0)



Belleza específica de la variedad

Otra forma de belleza es la inherente a la variedad. Por ejemplo, el piso de la capilla de Versalles para mí es uno de los más bonitos que existen en el mundo. Es un mosaico de varios colores y formas que da una impresión maravillosa. Alguien podría sugerir que aquello fuese sustituido por una inmensa uniformidad de mármol blanco. Allí no serviría porque la belleza específica del lugar es la de la variedad.

En relación a paisajes, oponiéndose a la uniformidad de Copacabana, se podría citar al Flamengo, con su variedad de montañas, islas, etc.

Ya en el mundo de las piedras, el ágata es rojiza, llena de vetas, estrías, y lo bonito está en la diversidad de colores que se confunden e interpenetran. Muy característica también es la diferencia entre el ópalo y la perla. Esta es toda blanca, en cuanto que aquel es multicolor. La belleza del ópalo se encuentra en la variedad.

Estamos, sí, colocados delante de dos formas de belleza: una proveniente de la unidad y otra de la variedad. Alguien podría plantear el problema sobre cuál de las dos es más excelente, y llegar a una de las siguientes conclusiones. Si la belleza derivada de la variedad es superior, el arte debe tender a la extinción de las manifestaciones provenientes de la unidad y establecer, por todas partes, la variedad. Mas si es verdad que la unidad es la forma de belleza más perfecta, entonces se debe perseguir la variedad y establecer la unidad.

Encontramos esa dicotomía en el arte contemporáneo, con la tendencia de imponer la unidad como belleza suprema. No quiero decir que sea esta la tendencia de todos los artistas modernos, porque existen también algunas variedades desordenadas en ciertas manifestaciones del arte moderno. Pero quiero afirmar que muy frecuentemente esta posición se demuestra. Podemos decir, por tanto, que ciertos artistas y cierto espíritu moderno aceptaron ese problema tomando posición frente a él y afirmando que la unidad es intrínsecamente superior a la variedad.

La creación precisa tener unidad y variedad

Eso se liga a la primera cuestión puesta inicialmente, pues si la unidad es el supremo bien y en la variedad existe algún mal, entonces Dios debería haber hecho una sola criatura en vez de varias.

Santo Tomás de Aquino analiza tres argumentos a favor de la unidad. Parece que Dios debería haber hecho un solo ser en la Creación:

1) Todo efecto tiene las cualidades inherentes a la causa. Ahora, Dios es uno; por lo tanto, el efecto de Dios, que es la Creación, debería ser



Playa de Copacabana, Río de Janeiro, Brasil

Jorge Lázcar (CC3.0)



Playa de Flamengo, Río de Janeiro, Brasil

Vanessa Andrilino (CC3.0)

uno también. Que la Creación sea variada en cuanto Dios es uno corresponde a hacer que ella no sea un reflejo del Creador. Por lo tanto, la variedad de seres es un mal.

2) Dios es uno; ahora, si el mundo es la imagen de Dios, el mundo debería ser uno también; si el mundo no es uno, es diferente de Dios. Todo lo que es diferente de Dios es malo; por lo tanto, el mundo es malo.

3) El fin de todas las cosas que existen es Dios. Ahora, Dios es uno; por lo tanto, todas las cosas deberían tender para la unidad; si no tienden, ellas son malas y, por lo tanto, la diversidad no debería existir porque aparta de Dios.

A estos argumentos Santo Tomás responde: Dios, de hecho, creó el universo para comunicar a las criaturas su bondad y representarse en ellas. Pero ninguna criatura por excelente que sea, puede representar en sí todas las bondades de Dios. Por lo tanto, por más que Él hiciese perfecta una criatura, creando otra más además de esa primera, habría la posibilidad de que la Creación sea más perfecta, porque tendría una semejanza aún mayor con el Creador.

Digamos que Dios hubiese creado solo a Nuestra Señora, que es el más alto de todos los seres en el orden moral; o entonces un único ángel, el cual en el orden ontológico es la más elevada criatura. Por más perfecta que fuese la representación de Dios contenida en ese ser, él



sería una mera criatura; así, cabría siempre una representación de Dios en otro ser. Por lo tanto, dos seres representan mejor al Creador que uno; tres lo representan mejor que dos; cuatro, lo representan mejor que tres y mil representan mejor que novecientos noventa y nueve. La variedad, por lo tanto, tiene una representación de Dios mejor que la unidad; la variedad es un bien.

Es cierto, dice él, que la bondad en Dios es simple y uniforme. Pero acontece que Dios es un Ser Supremo, perfectísimo, en Él la bondad puede ser simple y uniforme. No es lo que sucede con las criaturas, que no tienen la misma perfección de Dios. Por eso, ellas no pueden tener una bondad simple y uniforme. En ellas la bondad tiene que ser variada. De manera que, aunque la unidad, en sí, sea más perfecta, para las criaturas ella no es así. Es preciso que ellas, de hecho, tengan variedad.

Llegamos, entonces, a la conclusión de que la alternativa unidad - variedad está mal puesta. Debe haber seres que por su espléndida unidad sean un reflejo de la unidad divina; pero también seres que por su variedad reflejen mejor a Dios que por la unidad. Y propiamente lo que la Creación precisa tener es unidad y variedad.

Colores música y la fachada de Notre-Dame

Todos los modernos que procuran la unidad en todo andan mal, como andarían mal los que sólo buscasen la variedad. Es preciso que ambas existan, seres excelentes por su unidad y por su variedad. Es por esta forma que podemos comprender la perfección del universo.

Esto se torna más claro cuando tomamos ciertas formas de arte, por ejemplo, la pintura. Tiziano¹ pintaba cuadros de colores maravillosos. Veo una belleza en los cuadros de Tiziano si tomo cada color y analizo. Claro que cada color es muy bonito. Pero al lado de la belleza de cada color yo noto que es más bonito tener

varios colores que uno solo. Y hay una tercera forma de belleza que no consiste en la variedad de los colores, sino en los contrastes y en la armonía entre ellos.

Entonces, tenemos tres formas de belleza: la de un color, la pulcritud especial que viene de la existencia de varios colores, y otra proveniente de la combinación de los colores entre sí. Ahora, esas formas de belleza vienen de la variedad.

La música, por ejemplo. El universo musical tiene una particular belleza que corresponde a cada nota. Sin embargo, es más bonito que existan siete notas que una sola; y es más bello aún que se pueda hacer una música y un juego entre esas siete notas. Tenemos así, tres gamas de belleza, que hacen la pulcritud del universo musical.

Dios habiendo hecho la Creación, quiso que algunos seres representasen su unidad, y que la variedad de otros significase su belleza. Por eso, la unidad y la variedad son muy bonitas, sobre todo cuando se armonizan entre sí. Tenemos seres con gran variedad y, al mismo tiempo, con gran unidad.

Es característica de eso, por ejemplo, la fachada de Notre-Dame: hormigueando de pequeños diseños, pero con una linda unidad en las líneas esenciales. Por ahí se prueba que Dios, para hacer el universo con el grado de perfección que Él quiso, tendría que hacer un universo variado. No habría alcanzado ese grado de perfección si hubiese un solo ser.

La cuestión siguiente sería: ¿Habiendo Dios establecido la variedad, debería establecer, necesariamente la desigualdad? Pero esta es materia para una próxima conferencia. ♦

(Extraído de conferencia de 1957)



Autorretrato de Tiziano

1) Tiziano Vecelli (*1488 – +1576). Pintor renacentista veneciano.



Algunas de las pinturas de Tiziano



Catedral de Notre-Dame de París, Francia



Flávio Lourenço

"La Virgen en el jardín" – Museo de l'Oevre Notre-Dame, Estrasburgo, Francia

Misericordia que llega a los extremos de nuestra debilidad

La sensualidad es, con el orgullo, una de las causas profundas de la Revolución. En sentido opuesto, Nuestra Señora, Reina y arquetipo de los contrarrevolucionarios, practicó las virtudes de la humildad y de la castidad en grado inimaginable.

¿Qué decir de la pureza de Aquella que fue inmaculada desde el primer instante de su ser? De Ella brota para toda la humanidad, como de una fuente inagotable, la virtud de la castidad. Y por ser incomparablemente pura, María es, más que nadie, la protectora de los débiles, el socorro de los que se debaten en las tentaciones de la carne. Sería un engaño pensar que, por ser castísima, la Virgen tiene un horror invencible a los impuros. Ella posee, sin duda, aversión al pecado de impureza, pero se compadece de aquel que lo comete, y desea la enmienda y salvación de ese infeliz.

La Santísima Virgen está lista para inclinarse sobre el más miserable de los hombres y decirle: "¿¡Hijo mío, en que pantano caíste?!". Sin embargo, continuó siendo tu Madre, y por eso me curvo hasta ti, por más bajo que hayas caído. Mi misericordia llega hasta los extremos de tu debilidad, dispuesta a salvarte."

(Extraído de conferencias de 26/05/1972, 25/09/1990 y 12/07/1991)